

que el caso sea favorable ó desfavorable al médico, sentenciando siempre en contra de éste; unas veces en virtud de unos principios, otras atendiéndose á los diametralmente opuestos. De modo, que el susodicho criterio pudiera sintetizarse en las siguientes frases: á tuertas ó derechas, censuremos al médico. Repito lo de las honrosas excepciones, aunque sea pesado martilleo excusarse de continuo en los mismos términos.

Unas veces evocan el sacerdocio en que suponen estriba la Medicina, para apartar á quien la ejerce del camino de la transacción y el agiotaje y otras, arguyendo que es un industrial como cualquiera, le exigen que cumpla sus cargas con setenas; sacerdote pueden regatearle los gajes, industrial ha de pagar cuanto le pidan.

Hácenle en casos estampa viva del ridículo más alegre, para elevarle después hasta la altura de providencia de la familia, auxilio incomparable en el dolor y amigo á quien se confían los grandes secretos. Bien entendido, que pretenden en las bromas fustigar á los médicos malos y guardan las alabanzas para los que califican de pozo de ciencia; como si fuera posible distribuyera patentes de ilustración y práctica, quien ignora hasta lo más rudimentario en el asunto de que trata. Pero juzgan, sí, por los resultados, sin entretenerse en analizar las circunstancias del hecho, porque á tanto no alcanza su sapiencia; juzgan por la simpatía ó antipatía que les domina; y juzgan en último caso porque todo hombre cree tener algo de médico.

Encomian las elevadas y cuantiosas obligaciones que el práctico ha de cumplir en sociedad, reclamando cuando suponen descuido, el más ligero de su parte, un castigo inmediato, indemnizaciones, destitución, publicidad del hecho para restarle clientela, en fin, lo que no solicitarian para otro, es una falta verdaderamente grave. Y en escritos y conversaciones se sentencía por unanimidad al autor de una leve discrepancia, que las más de las veces es imaginaria, sin esperar defensa del interesado, con solo oír un testigo de cargo, que relata verdaderas novelorías.

Al médico no pueden ocurrirle accidentes imprevistos, no debe dormir, ni comer, ni solazarse: tiene imperiosísimos deberes, ante los cuales ha de abandonarse todo. Quieren que sea una máquina siempre dispuesta á entrar en actividad; y el gran argumento en que suele apoyarse este deseo, es que la vida de un sér depende de su exactitud y precisión de su celeridad y buen manejo. No advierten que son muchos los casos, en que el médico ha de arreglar desperfectos ó trastornos causados por un tercer prójimo, y si urge el arreglo, mejor fuera que el daño no se hubiese producido. ¿Por qué no levantar iguales quejas contra tantos egoismos inconcebibles como discurren por el mundo? Una ligera falta de atención ó exactitud en multitud de otras profesiones, causa á veces fatales desgracias y á nadie le ocurre investigar donde nació; las imprescindibles necesidades y acciden-